

I

*No sé qué soy pero algo me está devorando las entrañas.
No sé a dónde voy, sólo que debo huir.
No sé ni quién demonios soy...
El sol me matará cuando me alcance.*

Corre a más no poder por la calle. A lo lejos sue-
nan las sirenas y los gritos. Las pisadas se multiplican
y el brillo de las lámparas iguala el número de sonidos
que provocan las botas en el suelo encharcado.

Corre sin mirar atrás, huyendo de los uniformados
que amenazan con alcanzarlo en cualquier momento. No
es el miedo (¿pero miedo por qué?) lo que hace que se
mueva tan deprisa; es otra cosa: se trata del deseo de estar
quieto, no exponerse ante la amenaza de ser descubier-
to desde la primera noche. Corre sin parar, sin titubeos,
sin sentir las piernas. Huye para guardar el secreto, para
no enfrentar la incomprensión y la ignorancia; porque
no hay otra alternativa. El objetivo es eludir los ojos del
mundo que tratará de tragarlo por completo y evitar que
su brazo (mediático, oficial, reglamentado, politizado)
lo aprisione y aniquile. Todo lo dejado cuadrado atrás es
como un presagio, donde advierte que estará acorralado

si es descubierto y ya no habrá camino por delante pese al abanico de posibilidades que ofreció Thielmos. La verdad es que corre partiendo desde cero; no hay nada que pueda orientar la brújula para mirar hacia el futuro, porque todo es incierto. Sólo está la contundencia de las botas que suenan tras su espalda, como una estampida de bestias que hacen que retumbe la sabana de concreto y metal.

Los policías aseguran que el sospechoso va adelante, sin saberlo con certeza. Debió ser la rapidez con la que escapó; tal vez el momento de desconcierto que no supieron aprovechar para aprehender al delincuente. No hay mucha iluminación y los uniformados permanecen algo titubeantes, sin decidir cómo continuar con la persecución. Dirigen los rayos de las lámparas en todas direcciones de la calle. Los gatos huyen ante el resplandor y se alejan de las cornisas.

—¡Allá va!

—¡No, por allá!

—¡Shhh...! quietos...

—Quietos...

—¡Allá!

—¡Pero en chinga, cabrones, que se nos pela!

—¡Aquí, aquí!

—¡¿Qué?!

—¡Sangre!

—¡Ahhh, así que sangra el muy cabrón!

—¡Shhhhh!

Los veo. A media cuadra de distancia y las piernas no me responden. Me niego a la hipnosis, me niego rotundamente. No lo haré, no...

El silencio es momentáneo. Ha ganado algo de trecho. La lejanía es el premio de esta carrera, no más. El hombre no se percata de las huellas que deja; parece ser una presa que, en contra de su voluntad, imprime rastros para los cazadores. Avanza tratando de alargar distancias, de deshacerse lo más pronto posible de sus perseguidores. Si tan sólo hubiera pensado antes de actuar, de no hacer notoria la condición en la que se encuentra. Siente malestares, uno más de todos los que le han asaltado a lo largo de la noche. En su costado percibe algo extraño. Un eco de eso que alguna vez fue dolor. Pero no puede detenerse, hacerlo sería un error sin regreso, un desliz que, dado su actual situación, no puede darse el lujo de cometer. Así, a la carrera, se desabotona el abrigo y la camisa para buscar la fuente de esa sombra de malestar instalada en su cuerpo. Hurga para saber de qué se trata; escarba, rasca, siente el frío hundido en su ser. Por la velocidad de los acontecimientos ni siquiera repara en cualquier sensación que le produzca introducir los dedos en la herida. Cuando logra sacar el malestar indefinido de sus entrañas, lo aprisiona con el puño. Siente la vibración del metal que aflora de su carne. Tiene que verlo, aunque sea de prisa. Trata de calcular cuántos segundos tiene disponibles para hacerlo, así que decide detenerse. Limpia el objeto restregándolo contra la solapa del abrigo y abre la palma para verlo bien. Es una bala. Vuelve a cerrar el puño y la guarda de prisa en el bolsillo posterior.

Echa a correr de nuevo y sus cazadores, que habían disminuido la velocidad, se percatan de ello. El sonido del agua que se agita bajo sus pisadas no ayuda en nada para su escape. Todas las lámparas, que en ese

momento se paseaban por las paredes, aumentan su brillo, al mismo tiempo, en una sola dirección y descubren a su objetivo, o al menos aquel bulto que, al sentirse ubicado, comienza a desplazarse. La respuesta es rápida y todas las luces se lanzan nuevamente a la persecución, despidiendo destellos desorganizados.

Su respiración es jadeante. Los resplandores no cesan y el sonar de las armas no se hace esperar. Varios de los policías cortan cartucho.

—¡Alto o disparo!

¡Bang! Una detonación de advertencia. Quizás evitaría toda esta situación si entrara en trance y terminara de una buena vez con esto. Pero no; la noche fue muy dura, las revelaciones fueron determinantes. Una voz interna le habla de necesidad, de estupidez, de las ventajas de los semidioses. Pero no es tan fácil, no es más que una invitación a la debilidad. Detrás van los gritos, las órdenes, las amenazas de que escupirán fuego y lo alcanzarán sin piedad. Le gritan que se quede quieto y, por el momento, han sido escrupulosos para disparar; sin embargo, la amenaza ahora va en serio y a pesar de ello el hombre no interrumpirá su huida.

Uno de los policías se posiciona para apuntarle con mayor precisión, los otros abren el grupo en ambos costados del camino para dejar una trayectoria más limpia para cuando se efectúe el disparo.

—No te muevas... no te muevas...

—¡A las piernas, dispárale a las piernas!

—No te muevas...

—¡Ya, ya, ahora!

—No te...

—¡Ahora, güey, no mames!

¡Bang! La bala divide el aire con su silbido, pero el blanco se mueve y el metal no acierta en su objetivo, pasa de largo y se incrusta en un poste cercano.

El hombre, quien por azar elude la bala, comienza a zigzaguar a lo ancho de la acera. Se ve asustado y desesperado; sólo es cuestión de tiempo para que caiga en manos de los oficiales.

Corre, corre como si viniera el mismo demonio detrás, a punto de atrapar a su presa.

Al doblar la esquina se da cuenta que su fuerza languidece. Por alguna razón no se siente bien, no se ha recuperado del todo. Aún está algo aturdido y las heridas no han cerrado, por lo que su cuerpo no obedece a su voluntad como quisiera.

Náuseas. Abre la boca pero nada sale; queda la sensación de espasmo en la cabeza, con la boca abierta donde media lengua asoma. No pedirá auxilio, no.

Corre, corre sin parar, corre tratando de obtener una velocidad inalcanzable. No más dudas, no más debilidades.

Los policías son rápidos. No me verán en el callejón... eso espero. Abí vienen, la luz está cada vez más cerca. Quizá una rendición incondicional es lo que se aproxima. No estará bien, no estará bien...

Dobla en una esquina y se mete en una callejuela que parece desierta. A pesar de todo, su visión —mejorada, sensible, aletargada— se percata de la soledad del lugar. No lo piensa dos veces: se introduce y trata de ser sigiloso. Si lo descubren, si le gana la debilidad y no es capaz de detenerse o contenerse, sabe que nada irá a bien, que tarde o temprano se verá custodiado e interrogado. Sin embargo, no es ninguna opción viable; no

se trata de sentarse con ellos, con los humanos, y narrar una historia que nadie va a creerle; ni siquiera puede darse el lujo de intentar justificar sus actos.

El hombre se arrincona contra la pared, respirando jadeante y aún aturdido, con las ganas de vomitar a cuestras y los espasmos en su cabeza repitiéndose una y otra vez. Desde su lugar observa cómo el brillo de las lámparas se aproxima hacia la entrada de la callejuela y escucha, expectante, el ulular de las sirenas con mayor intensidad. Si los policías voltean hacia la derecha descubrirán el escondite. Sin embargo, no lo hacen y muy pronto, pese a la cercanía, los cazadores aparecen frente a la boca del callejón y pasan de largo. Las pisadas y los motores de las patrullas desfilan y sus ecos se van apagando mientras alcanzan mayor distancia; lo mismo sucede con los brillos. Se funden las luces blancas de las lámparas y los colores violáceos de las sirenas, alumbrando todo por un momento con una intensidad considerable. Poco a poco, mientras se alejan, van abandonando el escenario para que la penumbra en el callejón se vuelva a asentar de todo aquel ajeteo, hasta quedar en completa oscuridad y silencio. Se produce entonces el momento ideal para detenerse, descansar, tal vez esperar un poco para continuar huyendo. El fugitivo se acomoda en cuclillas pensando en la situación tan insegura y que, a pesar de todo, no se trata más que de asuntos de intolerancia o incomprensión. No es capaz de saber si las voces que escucha están cercanas. Sólo decide quedarse quieto.

Mientras tanto, al exterior del callejón, las lámparas alumbran con desesperación el perímetro. Ya no se ve nada, ni rastro ni objetivo. Por otra parte, la lluvia no

ayuda mucho con la búsqueda.

Los policías se detienen desconcertados. Ya no hay nadie en la calle, o al menos el objetivo ya no está a la vista. Deciden reorganizarse y pedir refuerzos. El grupo uno avanzará hasta la siguiente avenida. El grupo dos se quedará a patrullar el área. El grupo tres coordinará todo. Las cuatro patrullas servirán para el caso.

De momento, todos permanecen en espera de que algo más pase. Una señal, un movimiento, un ruido; cualquier cosa, por minúscula que sea, debe producirse para que todo vuelva a tomar el cauce perdido, el reinicio de una persecución policiaca. Que nadie los acuse de incompetentes, que nadie escriba ni envíe de momento informe alguno; sólo queda como tarea poner en marcha el operativo, pero sin dar explicaciones. El grupo uno se adelanta algunas cuadras y busca por todos lados. Ven movimiento a lo lejos: alguien va caminando, aunque no se distingue bien. Los policías se acercan rápidamente gritando y lanzando destellos con sus lámparas y rodean al transeúnte quien, sin saber por qué, es aprehendido y amenazado con armas de fuego (nadie es inocente hasta que demuestre lo contrario). El grupo que coordina, recibe pronto la información por los comunicadores. Parece que ya lo tienen. Una patrulla arranca a toda velocidad y se piden refuerzos al mando central. El grupo dos, que en esos momentos escucha que ya fue capturado, abandona la revisión del área y emprende la marcha. Apagan las lámparas y se dan prisa.

—Ya lo tienen.

—¿Dónde?

—En la avenida.

—¡Vamos, vamos, *necesito* verle los ojos!

—¿Por qué?

—Los que lo vieron hace rato dijeron que los tenía raros.

—Y ni como saber más; se peló el muy hijo de puta.

—¡Espérate!

—¿Mande?

—¡Shhhhh!... espérate, espérate.

—¿Y ahora por qué?

Miro a la boca del callejón. Parece que ya no hay nadie. No puedo acercarme. Si salto desde el contenedor de basura es probable que alcance la cornisa del segundo piso.

—Oí algo.

—¿Qué cosa?

—No sé, no sé...

—¡Ya! ¡No mames Verduzco, apúrate!

—¡Ahí está, ahí está!

—¡Chingada madre...!

—Shhhh... Espérame...

Verduzco enciende la lámpara, se agacha y toca el agua del piso. Los otros dos uniformados observan, indecisos. Ahí está el rastro, algo diluido, perdiéndose hacia el drenaje del lugar. Inmediatamente se ve la entrada de una callejuela angosta. ¡Tumb! Ahora sí, todos escuchan una especie de crujido y un golpe. Se miran y asienten en silencio. De puntillas se acercan a la entrada del callejón. Efectivamente, las manchas se pierden al interior. Verduzco se acerca pegado lo más que puede al borde de la pared y asoma medio perfil. Ahí está el fugitivo, tratando de escalar desperdicios para llegar hacia una cornisa. El policía hace una señal con la mano, afirmativa. Sus compañeros bajan el volumen de

los comunicadores y avisan que tienen al hombre. Dos minutos de confusión para el grupo de mando que da las órdenes, ya que los dos restantes tienen a un sospechoso.

—“Tzzz..., quiero que el grupo uno se regrese con el grupo dos, cambio.”

—“Tzzz..., en camino, cambio.”

—“Tzzz..., de todas maneras no suelten al pen-dejo que ya agarraron, cambio.”

—“Tzzzz..., afirmativo, cambio.”

Después averiguarán, lo importante es atrapar a alguien, así que vuelven a pedir refuerzos. Mientras tanto, el hombre está quieto, tratando de controlarse, de evaluar su forma de huir sin emitir ningún ruido, pensando en que tal vez está débil, que por su necesidad de no hacer algo extraordinario o muy visible, ya hizo tres intentos por agarrarse a una cornisa que, por lo menos una hora antes, habría sido sencillo alcanzar.

Dos patrullas se acercan en silencio y se bajan todos los oficiales que van a bordo. Ya son muchos. La posibilidad es poca, nula para el prófugo.

Los policías se amontonan en la boca del callejón, con las armas listas. El psicópata estará copado y no escapará. Se preparan, cortan cartucho, hacen señas entre sí. A la cuenta de tres asaltarán el callejón. Tras ellos llega otra camioneta.

El hombre escucha algo. No sabe, pero presiente que algo ya anda mal. Mira hacia la cornisa como el naufrago que observa el horizonte desde la playa. Tal vez, tal vez si reúne más fuerza, si se deja seducir por el trance...

Todo se ilumina de repente. Las lámparas apuntan directamente hacia el hombre y se acercan alumbrándolo de frente. Tras el destello, se escuchan voces desorganizadas y amenazantes. El delincuente no se mueve, tan sólo se queda quieto, iluminado por completo y sin quitarse las gafas negras. La vanguardia no deja de apuntar sus armas mientras se acerca lentamente, con cautela, gritando órdenes para que el detenido permanezca quieto y alce las manos. Al primer movimiento en falso dispararán.

II

A fuerza de suaves oleadas, la niebla empieza a instalarse en la atmósfera. Con ondulantes movimientos se apodera de la calle; lentamente cada cosa que da sentido y simetría al mundo, se va perdiendo hasta quedar consumido. El aire cargado de borrosos y fantasmales colores ahoga, asfixia y al fin cubre todos los objetos hasta perderlos en sus entrañas. Un fenómeno natural de este tipo rara vez se ve en el lugar, más aún cuando sucede el milagro de que todo desaparece sin moverse de su sitio. La naturaleza siempre tiene un truco para los sentidos, algo grato o terrible, algo vivo y que palpita, con reglas inentendibles o sin leyes aparentes, o cosas que sólo serán una interrogante más como esta bruma que no pertenece al panorama habitual. El territorio, bajo estas condiciones, se ve revestido con un traje sombrío y gris que deja estelas de humedad.

La noche está muy avanzada; unos cuantos ruidos hormiguean aún en la ciudad haciendo eco en las paredes de las calles. Después de todo el movimiento hecho por los cuerpos policíacos, con sus disparos y sonidos que violentaron el ambiente, regresó un poco la calma. Ahora puede escucharse el silencio, de tiempo en tiempo,

anidado en prolongadas pausas. Es como si por momentos el mundo dejase de girar para que la quietud de la noche se manifieste. No dura mucho, sólo un parpadeo, y después regresa el suave barullo. Hay que poner mucha atención para escucharlo, la manera en como toma forma, parecido al minúsculo ruido que se produce en una colmena al transitar en ella miles de insectos nerviosos y activos, potenciando la evidencia de una actividad febril que no deja de generarse: suena, se dilata, se expande y después se desvanece. Luego, en un momento, aparece el soplo del aire de la noche, silbando, ofreciendo caprichosas corrientes que juguetean a lo largo y ancho de las construcciones; de arriba para abajo, saltando en las superficies, fragmentándose, desintegrándose una y otra vez para luego volver a fundirse en una sola corriente de múltiples brazos. Pero este aire simplemente se agrega al sonido de la ciudad; no detiene ni se impone a nada, sólo complementa lo que ya está presente.

Tendré que salir de mi escondite porque no puedo quedarme aquí. Sólo he tomado un respiro, una gran bocanada de oxígeno que, visto de una manera práctica, de nada me sirve ya. O no lo sé. Trato de restarle importancia a mi ropa, empapada, sucia, con desgarrres por todos lados. Aún tengo vidrios enterrados en la tela. Los sacudo de un manotazo y alcanzo a escuchar cómo esa sinfonía empequeñecida de cristales caen sobre el charco donde estoy agazapado. Instintivamente sustraigo la bala de mi bolsillo para pensar un poco. Pero sólo atino a balbucear “no me mató”. La coloco a la altura de mis ojos y la suelto. Dudo mucho que cuente esta historia. Será, al fin y al cabo, un simple proyectil perdido que se olvidará.

Observa la cornisa de una ventana... pero ya no tiene fuerza, ya no. Ha estado sangrando, el cuello no le

deja de escurrir... perezosamente intenta trepar en los contenedores de basura, pero no es capaz de impedir que varios objetos caigan de los bordes. Busca entre sus bolsas y el pedazo de trapo sigue ahí. Lo amarra al cuello para que ceda la hemorragia. Intenta dar un salto, pero es débil. No, no puede. Ya está cansado, fastidiado y las voces en su cabeza se multiplican. Pero, ¿qué hacer y cómo? Tratará de salir por su propio pie, en silencio; ser una sombra nada más. Con un mar de dudas se perfila a la salida del callejón. Al menos, por el momento, ya no hay señales de los cazadores que lo arrinconaron. Sin embargo, para asegurarse, da un primer paso con toda cautela, inclinado, tratando de no producir ningún movimiento brusco o algún ruido. A la cuenta de tres saldrá... Contiene el aliento... Pero no camina. Un repentino haz de luz le detiene.

Maldita sea, es la policía.

—¡Quieto, quieto, cabrón!

—¡No te muevas!

—¡Alza las manos ya, ya!

—¡Ni hagas nada porque aquí te lleva la mierda!

—¡Órale, puto, atrás, atrás!

¿Qué piensa? Que esto no debería ser así. Vaya manera de terminar la noche. ¿Rendirse o no? ¿Será capaz de evadirlos? ¿Cuánto de su historia estarían dispuestos a aceptar?

—¿Qué, no oyes? ¡Las manos arriba!

Sí, sí oigo. Pero no atino a hacer algo. Así que me permito un pequeño desliz, al menos hasta lograr controlar el momento: dejo que mis instintos acompañen mis pensamientos, una vez más en esta noche; tan sólo intentaré que no me dominen por completo... Scilái... sal de ahí. Invádeme por

completo, llena mi cuerpo y mis pensamientos; transfórmame... Te lo ordeno.

Ante los ojos de la policía sucede algo inesperado. El hombre que han estado persiguiendo durante más de media hora —a su alcance, acorralado, encañonado, listo para ser apresado— se quita las gafas. Todos dirigen con mayor énfasis las luces de las lámparas y los cañones de las pistolas hacia aquel hombre, como primer movimiento de defensa, cortando cartucho. Nadie jala el gatillo porque se quedan mirando aquellos ojos extraños, serenos, pero *vacíos* y eso les inspira *miedo*. Ningún oficial pierde la posición; sin embargo, el encuentro de miradas se prolonga y pronto, en el espacio reducido del callejón, comienza a gestarse una sensación *extraña*, incómoda. Pareciera que el entorno se llenase de algo denso.

El hombre tiembla pero no lo hace por el frío. Ni siquiera teme a las armas que le apuntan al rostro. Sus estremecimientos son el reflejo de que se está conteniendo, dominando al instinto que le pide a gritos calmar una sed aciaga y remota.

En este cruce de miradas fijas e inquietantes, el hombre alza el brazo izquierdo (que se sacude y se tensa desde las uñas hasta el hombro) y comienza a desvanecerse. Primero la punta de los dedos, como cinco cigarrillos que se consumen al mismo tiempo, poco a poco, y el humo que aparece empieza a flotar suavemente. Todo el comando exclama sorpresa, pero sus integrantes no son capaces de hacer algo. El hombre los mira por unos segundos, dubitativo. Parece no acabar de percibir lo que está pasando; tiene un gesto incrédulo y satisfecho, pero es momentáneo. Posa los ojos ante

el grupo de uniformados, los abarca a todos y cada uno con esa mirada fija, seria, envolvente. Alza el otro brazo y también se convierte en humo. Sonríe satisfecho. En un santiamén todo su cuerpo se convierte en una nube espesa, la cual flota por algunos segundos y se disuelve.

...

...

...

Silencio. Todos los oficiales están ahí, sin saber qué hacer. Parecen en trance, inmóviles, incrédulos. Pronto uno de ellos decide hablar, aunque no sabe exactamente qué es lo que quiere decir.

—¿Vieron eso?

Todos giran la cabeza. Las miradas siguen perdidas. Nadie entiende qué fue lo que sucedió.

III

Hace diez minutos que ha terminado de llover y las calzadas están inundadas. El agua sobre la acera refleja la luz opaca de los postes, en donde las aves se refugian para recibir un tenue y amargo calor que poco puede alejar el frío. Todo gotea y está estremecido por el azote del mal tiempo. Aunque parece que durante la noche habrá calma las nubes anuncian lo contrario, ya que su apariencia sugiere que la tempestad sólo se ha detenido momentáneamente. La moneda está en el aire y no puede saberse cuál será el comportamiento del clima. El viento, la lluvia, las calles... todo, en combinación, deja una humedad que reina en el ambiente; pero se trata de agua que no limpia nada, tan sólo deja el recordatorio de un lugar fangoso y extraño, inseguro y violento. Se perdieron esplendores pasados, se fueron los dioses de antaño, y aquel sitio de magia no volvió a ser el mismo después de la llegada de los conquistadores europeos; hijos de todas las razas, de todas las tribus y grupos humanos que habían existido en la antigüedad, llegaron para mezclar todas las esencias, sangres y genes del hombre. Se dijo en algún momento (o *lo dijo* un ensayista en un texto inmortal en las letras hispanoame-